

El paro, elemento central de la derrota de los trabajadores

José María Berro

Ex-Secretario General de CGT. Miembro de la redacción de las revistas *Rojo y Negro* y *Libre Pensamiento*.

Miembro del Instituto E. Mounier

1. Antecedentes históricos

Iniciaremos esta exposición apuntando el papel jugado por el trabajo en el desarrollo humano, y las modificaciones que éste sufre con la aparición y la implantación del capitalismo. Desde luego no va a ser un tratamiento «correcto», lo que se pretende es hacer una lectura de la historia que nos ayude a plantearnos la situación actual, hacerla, por tanto, desde nuestra particular situación.

1.1. Capitalismo emergente y profesionalidad obrera

Idealizando un poco el pasado, podría decirse que hubo un tiempo en el que no existían los artistas, lo que había era artesanos, personas que con su trabajo respondían a las necesidades humanas del momento, y lo hacían con arte. Su trabajo, por su finalidad y su forma de ejecución les realizaba, les dotaba de conocimientos, definía su personalidad, les encuadraba en la sociedad y en el mundo y, además, era su vía de acceso a lo espiritual.

El capitalismo desde sus inicios, ha sido un ataque sistemática y continuamente profundizado a esa concepción del trabajo, tanto en su papel realizador como en su ligazón con las necesidades humanas. El capital va a ir ocupando el mundo, convirtiéndose en el valor úni-

co y desposeyendo de todo valor al trabajo.

El capitalismo emergente necesita desestructurar la sociedad anterior para «liberar» mano de obra para sí y para presentarse él como necesario, como mediador imprescindible, como elemento único capaz de reestructurar en torno suyo la nueva sociedad. Con ello inicia su prevalencia sobre el factor trabajo, ocupa el papel mediador y así va impulsando su modelo de desarrollo en el que irá haciéndose cada día más imprescindible, a la par que irá consiguiendo una sociedad y un individuo más dependiente.

La oposición inicial nace de los trabajadores más cualificados. Ellos son, también, los principales líderes obreros del momento. El capitalismo supone un ataque a su profesionalidad, y son, esos trabajadores, los que primero la perciben y se le oponen.

Seguramente es este uno de los momentos dorados de la lucha de los trabajadores. El capital necesita profesionalidad obrera y ésta se considera capaz de prescindir del capital para reorganizar la sociedad desde sí misma, como anteriormente lo había hecho, por lo menos parcialmente. Un momento en el que, con cierta facilidad, cualquier enfrentamiento cuestiona el modelo de sociedad.

La elaboración teórica de este primer enfrentamiento de la profesionalidad obrera con el capitalismo inicial, viene dada por el Socia-

lismo Utópico, una elaboración netamente anticapitalista, que trata de evitar esa ocupación y ese protagonismo del capital, devolviéndolo a la profesionalidad obrera, e impidiendo que la sociedad se independice con respecto al individuo. Una propuesta utópica en el más completo sentido de la palabra.

1.2. Patronal y sindicalismo obrerista

Pero el socialismo utópico no triunfó y lo que se impuso fue el modelo capitalista. Frente a esa realidad de un capitalismo instaurado, los trabajadores se resitúan con el paso de los sindicatos de oficio -la asociación de los trabajadores en torno a su profesionalidad- a los sindicatos únicos, la asociación de los trabajadores según los estructura el capital.

Es un reconocimiento del papel de mediación y del modelo de desarrollo que se ha impuesto, y los parámetros para la oposición a él varían. El obrerismo entra en su etapa más decididamente progresista. Acepta el modelo y pasa a discutirle el protagonismo, el sujeto capaz de ejercer esa mediación necesaria.

Todavía hay una alternatividad del trabajo frente al capital, pero es una alternatividad de segundo grado, secundaria. Que parte de la aceptación del modelo de desarro-

Afrontar el paro

llo y del predominio de la mediación, presentándose la alternatividad exclusivamente en lo referente al sujeto que la debe ejercer.

Esta segunda fase es la época del obrerismo, del sujeto histórico, de la conciencia de clase diferenciada y enfrentada a lo existente, todo lo cual es capaz de sustentar las ideologías, también distintas a las dominantes, pero distintas sólo parcialmente dado que responden sólo a esa alternatividad de segundo grado.

1.3. Plenitud capitalista y la lucha parcial

Pero el capitalismo se impone, con la consecuencia de que la anterior derrota sobre la profesionalidad obrera, se traspaasa a la totalidad del elemento trabajo, logrando supeditarlos, adaptárselos, y acabando con su capacidad alternativa.

Frente a esa hegemonía del capital y ausencia de alternativa, las fuerzas del trabajo tienen que resituarse de nuevo, optando por vivir dentro, en dos versiones continuadoras, en alguna medida, de las tradiciones marxista y libertaria: la socialdemocracia y la lucha radical.

La *socialdemocracia* es una resituación del movimiento obrero dentro del sistema capitalista, integrándose en él lo máximo posible, gestionándolo incluso, que alcanzó importantes logros, plasmados en el Estado de Bienestar: una sociedad garantista, tanto en lo que se refiere a condiciones de vida, como a derechos democráticos.

De otra parte se dará otra forma de resituarse frente a la derrota, que denominaremos genéricamente «lucha radical». Lleva adelante luchas con un fuerte grado de frontalidad y hasta el límite de sus posibilidades, desarrollando todos los elementos «anti», pero conociendo sus limitaciones de ausencia de proyecto.

Se podría decir que, partiendo ambos de la inexpugnabilidad del

capitalismo, la socialdemocracia reduce el elemento enfrentamiento para agrandar el elemento colaboración, gestión, parcelas de poder,... que traduce en mejoras parciales, en una especie de presión sin enfrentamiento. Por el contrario, la lucha radical opta por desarrollar el elemento enfrentamiento en su expresión de negatividad, la única que le es posible.

2. Los resultados de 30 años de crisis

Si la socialdemocracia y la lucha radical no llegan a convertirse en alternativa del sistema, sí consiguen ponerle importantes limitaciones y numerosas trabas a sus márgenes de libertad. Frente a esas limitaciones el capital desarrolla la «crisis», como arma contra los trabajadores que le permita recomponer y fortalecer sus elementos de dominación, contrarrestando las conquistas obreras y sociales plasmadas en el Estado de Bienestar y disciplinando la lucha radical. El capital no está dispuesto a permitir alegrías y con la crisis va enseñar su cara más dura.

2.1. El paro, elemento central de derrota obrera

Es necesario insistir en que la crisis hay que entenderla fundamentalmente como la forma de que se dota el capital para recomponer

y aumentar su dominación en torno a dos elementos: su jerarquización interna y la derrota de los trabajadores.

Basta hacer un brevísimos repaso de cómo se desarrolla la crisis, y de cómo se inicia a modo de un caos económico que da al traste con multitud de pequeñas empresas, aquellas en que la patronal goza de menor poder económico y en las que los trabajadores son sindicalmente más débiles.

Con ello se crea un colchón de paro que significa poner a los trabajadores en una situación de riesgo y debilidad, lo que permite al capital iniciar un ataque más generalizado y planificado. Se inicia la instauración de las nuevas tecnologías, la crisis deja de ser caos y pasa a ser algo perfectamente planificado, convirtiéndose en un proceso mantenido y gestionado por el capital para aumentar su tasa de beneficios y profundizar sus formas de dominación.

2.2. Rasgos de la crisis

Todo ello nos viene conduciendo a una situación caracterizada por los siguientes rasgos:

a) Dentro de la crisis, *el paro es el principal elemento de ataque a los trabajadores*. Así, todas las soluciones que se proponen contra el paro invierten el discurso: «para acabar con el paro hay que aumentar la expectativa de beneficios, la flexibilidad del mercado de trabajo, la...» El paro pasa a ser un hipotético efecto secundario de las medidas que se proponen y que nunca alcanzan a solucionarlo ni a paliarlo. Sin embargo, esas medidas, tienen otros efectos inmediatos, consiguiendo trasvasar a todos los terrenos de las relaciones laborales la derrota de los trabajadores que en el plano general supone la existencia de una alta tasa de paro. La eventualidad, la aparición de las Empresas de Trabajo

Afrontar el paro

Temporal (ETTs), las sucesivas Reformas Laborales con la degradación de la contratación, la movilidad funcional y geográfica y el acercamiento al despido libre, son nuevas formas de dominación del capital y de debilidad obrera.

b) Derrotados los trabajadores el aumento de la capacidad de creación de riqueza que supone la instauración de las *nuevas tecnologías*, se convierte en una auténtica desgracia para millones de personas. El capital puede prescindir de los trabajadores, tanto de su capacidad de trabajo como de sus necesidades de consumo.

c) Una de las posibilidades de esas nuevas tecnologías es la de llegar a una *economía mundial* única y absolutamente interdependiente. Ese proceso de mundialización alcanzado bajo el predominio absoluto del capital, refuerza su poder hasta límites insospechados.

Frente a ese poder absoluto, las decisiones en lo concreto toman la apariencia de inevitables. Lo concreto, que es el terreno pre-

ferente en el que se ejerce lo social, entra en una especie de reino de la necesidad, sin que lo m u e v a ninguna voluntad reconocible. Y ese reino de la necesidad, esa sucesión de situaciones concretas que nadie quiere ni nadie ha provoca-

do, sino una fuerza todopoderosa e inalcanzable, es el terreno más inhóspito para el ejercicio de la voluntad y la mejor fórmula de arrasamiento de lo social.

d) Derrotado lo social, lo económico no tiene que rendir cuentas ni a su finalidad de satisfacción de necesidades ni a ninguna otra referencia, absolutizándose en su más pura esencia de obtención de beneficios, y esa *esencialización de la economía* conlleva una mecanización e independencia del sistema. El poder económico está jerarquizado en una pirámide cada vez más verticalizada, en cuya cúspide no hay nadie, sino

el capital en su acepción más impersonal y abstracta.

El sistema se mecaniza, esto es, se escapa e independiza de cualquier voluntad, aun de la de aquellos que aparentemente tienen poder y capacidad de decisión. Ya no es sólo la derrota de lo social. Implica la desaparición de cualquier elemento humano, sobre todo de la voluntad.

e) Una de las consecuencias de la entrada en ese reino de la necesidad a la que nos conduce la mecanización del sistema es el *pensamiento único*. La elaboración del pensamiento único es, fundamentalmente, el arrasamiento de lo social y, con él, entrada en el dominio de la necesidad, de la carencia de opciones, de la ausencia de campo para la libertad y la voluntad. Si lo social no existe no ocupa posición ninguna, y sólo quedan las posiciones del Poder, ascendidas así a necesarias. Más que un debate de ideas es una batalla de posiciones.

Derrotado lo social, en cuanto separado y opuesto al Poder, este configura la sociedad en torno suyo (integración), o la lleva a

los extremos en los que no existe dinámica social que pueda serle m o l e s t a (marginación). El filo entre la tolerancia-integración y la intolerancia-marginación, por el que pudiera transitar una actuación social, es cada día más estrecho.

f) En el terreno eco-



Afrontar el paro

nómico, ese pensamiento único, que no puede reducirse a elaboración de ideas, se plasma en *el neoliberalismo y la competitividad*.

La competitividad, que en realidad es una guerra, se presenta admisiblemente como lo contrario de la incompetencia. Pero además quien tiene capacidad de decisión desplaza la competitividad apretando a quien tiene por debajo. La multinacional aprieta a la empresa subsidiaria, y esta a la todavía más dependiente, y... toda ella acaba recayendo y siendo soportada como competencia entre los trabajadores.

Los trabajadores, en aras de la competitividad, tenemos que ceder en nuestras condiciones de trabajo, y nuestra cesión obliga a otros trabajadores a una cesión y un retroceso mayor, y así sucesivamente, en una carrera que no tiene límite como no lo tiene la ambición del capital.

g) *La competitividad no se opone a la incompetencia sino a la solidaridad*. La prueba es que no ha resuelto ninguno de los males sociales, sino que los ha agravado todos haciendo que *la desigualdad y la injusticia* social aumenten, abismándose las diferencias tanto en el plano internacional como en el interior de cada una de las sociedades.

Los efectos de las políticas neoliberales, de la competitividad y del modelo de desarrollo son los aumentos de beneficios del capital y el crecimiento sin límites de la desigualdad y la injusticia social que afecta más severamente a los más desfavorecidos.

3. Nuevas respuestas a situaciones nuevas

Esta nueva situación, caracterizada por la capacidad de prescindir de los trabajadores alcanzada por el capital y el ingente dominio que

desde esa posición ha adquirido, requiere sin duda un replanteamiento de las respuestas con las que enfrentarnos a ella.

3.1. Nueva situación, nuevas actitudes

Este replanteamiento requiere asumir la situación en que nos encontramos y asumírnos a nosotros mismos en ella. Para ello los puntos de partida serían:

- a) El reconocimiento del momento de derrota profunda y presumiblemente duradera en el que los trabajadores y el conjunto de la sociedad se hallan sumidos. Asumir la derrota, porque es nuestra, y lo es porque sus efectos nos afectan centralmente en nuestras posibilidades de actuación, y porque colectivamente alguna responsabilidad tenemos en habernos dejado arrastrar a esta situación sin haber sido capaces de evitarlo.
- b) La afirmación y el reconocimiento del hecho de que el Poder no es nadie, lleva implícito el reconocimiento de que el Poder somos todos. Un todos en el que, efectivamente, cada uno participa en distinto grado y con diferente actitud, pero del que difícilmente escapamos.

De alguna forma, hoy no basta con ser «buenas personas» ni mantener unas posiciones «de izquierda». Es necesario generar dinámicas sociales que se enfrenten, poco o mucho, a las diversas situaciones de injusticia.

c) Estamos a la intemperie, en la ausencia de proyecto y de futuro que han sido derrotados. Para que esa intemperie se convierta en libertad debe dejar de estar centralmente preocupada por los aspectos de definición, finalidades, del ser en definitiva, y apostar por la actuación, la que es posible en cada momento.

d) Una intemperie que incluye la renuncia a una forma ensimismada de coherencia y de ética, que supongan algún impedimento en nuestra capacidad de intervención, y la búsqueda de otra ética y otra coherencia, de segundo grado si se quiere, pero que són las que la actuación nos demanda y hace posible en cada momento.

e) Lo ideológico ni marca ni define espacios. El espacio viene definido por la coincidencia en la actuación. La organización es lo que hace, no lo que dice que hace, y su espacio abarca a quien actúa junto y en la misma dirección, no quien llama y define de forma similar.

f) Integración y marginación son dos formas de instalarse en la derrota. Exactamente iguales y con los mismos efectos. Entre la marginación y la integración la única opción posible es el estrecho camino intermedio de ninguna de las dos, y la única forma de transitarlo es la de asumir ambos riesgos sin caer, o mejor dicho sin dejarse atrapar, en ninguna de las dos. Mientras una de las dos nos repela menos que la otra, es seguro que acabará atrayéndonos y atrapándonos.

3.2. Una actuación distinta

Desde estas consideraciones, debemos replantearnos nuestra actuación cuyo objetivo prioritario no es el de satisfacer nuestras subjetividades, sino el dar respuesta a la situación en que nos encontramos.

Afrontar el paro

Hay que dar el salto de la radicalidad formalmente ostentosa de la etapa anterior, pero bastante vacía, para buscar una forma de radicalidad menos manifiesta pero más real.

Esa radicalidad, pasa por asumir lo que durante los últimos años se ha planteado como su contrario: el posibilismo, en un acto de afirmación de que somos un proyecto social, de que lo que nos interesa es la práctica, y de que lo que nos mide y da sentido es nuestra capacidad ejercida para modificar la realidad, no la capacidad de criticarla y discrepar de ella.

El posibilismo es convencerse de que socialmente somos lo que hacemos y no lo que decimos que queremos.

Hoy la actuación social requiere múltiples papeles, y quien no esté dispuesto y esforzándose por cubrir todos los papeles que requiere una actuación social completa, está abocado a no ejercer ninguno.

Nuestro posibilismo debe ir a tope, al límite de lo posible en cada momento. Y ese posibilismo a tope no debe quedar encerrado en un determinado campo de actuación.

Estamos absolutamente necesitados de todo lo que no pretenda ser excluyente. Necesitamos desde la sección sindical más arraigada hasta el radicalismo más innovador y de tendencias marginales.

Se trata de ser una apuesta que huye de la marginalidad, en que todavía se encuentra, con la voluntad de no caer en la integración, que ya nos amenaza. Una apuesta que marque su propio camino, saliéndose de los papeles asignados.

Requiere ello un fuerte y serio trabajo organizativo. Y requiere igualmente un esfuerzo de presencia en toda la sociedad y en la calle.

Sobre todo exige participación. Sin ella no se pueden cumplir las dos exigencias anteriores, ni se puede encontrar el camino propio, estando abocados a lo que nos marque el Poder, a seguir en la marginalidad, o caer en la integración aún antes de haber salido de la anterior.

3.3. Terrenos por explorar

Lo importante no es que nuestro posibilismo sea más o menos radical, importa más que sea direccional, que vaya, deprisa o despacio, hacia donde nosotros queremos. En ello, lo prioritario es la justicia y el reparto, por tanto:

- Nuestro trabajo ha de ser en contra, exactamente de los planes del capital, que propugnan lo contrario: la competitividad y los aumentos de desigualdad.
- Tampoco parte de presupuestos productivistas. No se trata de potenciar la inversión pública para crear empleo, se trata de que, si hay que impulsarla, debe ser para satisfacer necesidades reales, no por el hecho de generar empleo. Nosotros no hablamos de cantidad, sino de reparto.
- Tampoco entramos en consideraciones económicas más que en segundo plano. Los problemas de la actual sociedad no son de capacidad productiva sino de injusto reparto. Lo prioritario es el reparto y lo secundario si eso que se reparte es mucho o poco. La dinámica de la competitividad y el productivismo siempre posterga el reparto.
- Incluso, no es ningún objetivo el elevar el nivel de consumo. Frente a ese criterio aceptado individualmente como prioritario, que se corresponde con el criterio económico del beneficio, hay que plantear el concepto más amplio de la calidad de vida, en el que se incluye tiempo libre (que no tie-

ne que ser de ocio), cultura, relaciones..., y todos esos aspectos no deben estar supeditados, vía aumentos de consumo, a las necesidades del productivismo.

Pero sólo impulsaremos el reparto si estamos dispuestos a repartir de lo nuestro y ese es el único punto de partida que nos sitúa en disposición de exigir y obligar a que otros, los que más tienen, repartan de lo suyo. La defensa que el radicalismo ha hecho, en los últimos tiempos, de las condiciones laborales y salariales de los trabajadores fijos antiguos, dejando que se abriera una diferencia abismal con los trabajadores que la «crisis» ha ido creando (eventuales, precarios, de ETTs,...), defendiendo exclusivamente derechos y reclamando que «la crisis la pague el capitalismo», pero sin fuerza para imponerlo, se ha convertido en un consentimiento de que la crisis la paguen esos sectores más desfavorecidos.

Pero no es sólo reparto interno. Esa unidad que consigamos con nuestra disposición a repartir, debe de traducirse en capacidad de lucha y oposición a los planes del capital; en aumento del peso social de los trabajadores y de la mayoría social, capaz de hacer frente a los ingentes aumentos del beneficio del capital.

Esas dos condiciones de exigencia del reparto desde la predisposición a repartir, y aumento del peso social de los trabajadores y del conjunto de la sociedad capacitándose para enfrentarse a las formas de dominación que el capital ha desarrollado durante las décadas de crisis, deben ser las guías de nuestra actuación social. Y no es algo para mañana. Desde hoy, nuestra preocupación debe de ser, en lo poco o lo mucho que nos permitan nuestras posibilidades, en la actuación general y en cada una de las situaciones concretas, el aumento de la capacidad de movilización social (que sólo se consigue ejerciéndola), en esa dirección de reparto, que implica el responder prioritariamente a las necesidades más apremiantes de los sectores más desfavorecidos.